

Los tres aspectos de Jean Arthur Rimbaud

EL POETA

ES en la adolescencia, entre los 16 y los 20 años, cuando Jean Arthur Rimbaud escribió sus poemas más representativos. Antes había hecho versos meritorios, pero que no tenían esa fuerza de estallido, esa belleza extraña, que hicieron exclamar a Verlaine: «¿Quién es este muchacho que a los 16 años ha escrito los versos más hermosos del mundo?» Después de los 20, es decir en 1874, Rimbaud mata voluntariamente al poeta, a sus esperanzas y a sus quimeras. La vida se le presenta con otros horizontes y se lanza a la aventura. Pero bastaron cuatro años para que el Poeta Maldito, como lo llamó Verlaine, dejara poemas tan bellos como las Iluminaciones, Barco Ebrio, el Soneto de las Vocales.

Por aquellos años Rimbaud hacía la bohemia en París, en compañía de aquel viejo bebedor de ajeno, a quien los versos del poeta niño conmovieron tan hondamente que su poesía posterior salía con reminiscencias de las audacias líricas de Rimbaud. Fueron solamente unos pocos los que entendieron a Rimbaud, los que supieron ver su intención, su originalidad resalante, las bases de la nueva estética que quería implantar. Los demás lo negaban o se reían de él. A propósito del famoso soneto en que Rimbaud atribuía a cada vocal un color, François Copée escribió una sátira que comenzaba:

Rimbaud, fumiste réussi
—dans un sonet que je déplore—,
veut que les lettres O E I
forment le drapeau tricolore.

Sólo 16 o 18 años más tarde, cuando Rimbaud andaba perdido en las inmensas soledades africanas, un grupo de locos habla de una estética sobre la base de los versos que se conocían de él.

La imaginación máxima de Jean Arthur tenía también algo de la videncia que según sus teorías debía ser la cualidad predominante del poeta. Cuando escribió Barco Ebrio, todavía el mar no había tendido ante su vista la sábana de su perenne movilidad. Pero al darse vueltas las hojas del tiempo, Rimbaud iba a ir pasando por todas las etapas de su poema.

Como hombre fué intratable durante los años que vivió en París. Sólo Verlaine lo comprendía y lo soportaba, porque el carácter brusco, impulsivo de ese loco terrible era una muralla que cualquiera no podía franquear. Sólo Verlaine lo quiso. Y es que Jean Arthur supo guiarlo, dominarlo, llevarlo a donde quería. Hasta que la amistad terminó bruscamente con el drama de Bruselas, en que Verlaine disparó un balazo sobre la mano de su amigo. Y fué a ésto a lo que algunos mal intencionados, guiados por la mujer de Verlaine, que miraba con malos ojos la dominación que el Maldito ejercía sobre su marido, quisieron dar una significación muy distinta de la que en realidad tuvo.

A los 20 años Rimbaud decide matar al poeta que vive dentro de él, que canta con su voz, que sueña con sus sueños. Quiere lanzarse por el camino de las aventuras al movimiento y a la acción. Piensa que el soñador está de más. ¡Pero lo que hubo, Rimbaud, fué que quisiste vengarte de aquellos individuos sin comprensión que formaban el ambiente en que viviste; fué que quisiste vengarte, Jean Arthur, negándoles para siempre el metal de tus cantos! ¡Fué que para que ellos no te oyeran cantar que quisiste matar el poeta! ¿Lo conseguiste? ¿No es también una forma de ser poeta el hecho de embarcarse en un largo viaje sin regreso seguro?

EL AVENTURERO

Mientras Jean Arthur Rimbaud recorría la Europa en todas direcciones, trabajando en los oficios más heterogéneos, viviendo

al aire libre o de cualquier manera, buscando contrata en las tabernas de los puertos, huyendo de la policía—que siempre ha sido enemiga de los vagabundos—, tenía en su cerebro una constante, una fascinadora idea: ir a Oriente. ¿A qué?

Su viaje al Oriente le fué dificultoso. La primera vez que lo intentó fué desembarcado en Italia, gravemente enfermo. Cuando por fin consiguió llegar a la isla de Chipre, causas ajenas lo volvieron nuevamente a Francia. No obstante, él iba a insistir. Una ebriedad de caminos y de puertos lo empujaba, y llegó. «He buscado trabajo en todos los puertos del Mar Rojo, escribía a su familia en 1880, después de haber recorrido el océano de una a otra orilla; espero reunir algún dinero para dirigirme a Zanzibar».

Luego de haber atravesado el desierto Somali—veinte días a caballo—, Rimbaud llega a Harrar, siendo el tercer francés que pisaba aquellos territorios. Ya entonces encuentra trabajo en una firma francesa que comerciaba en Africa. M. Bardey, su patrón, lo hace recorrer el desierto y una fiebre de exploración se apodera de él. Dos años después escribe a un amigo que tiene en Francia, para encargarle el envío de diversos instrumentos y libros que necesita en sus exploraciones. Sus viajes por el desierto, sus audacias, que lo hicieron recorrer comarcas por donde jamás se habían aventurado los europeos, dan origen a indicaciones científicas de tanto valor que la Sociedad Geográfica de Francia, «deseando reunir en su álbum retratos de todos los franceses que se hayan formado un nombre en las ciencias y en los viajes», le pide su fotografía, lugar y fecha de nacimiento y la enunciación de sus trabajos. ¡Cosa extraña! París que ha olvidado al autor de Barco Ebrio, ¿va a interesarse ahora por el explorador? Rimbaud no respondió a esta petición.

Luego organiza una caravana para ir a vender fusiles a Menelick, un reyezuelo de Choa. Más de dos meses anda perdido por el desierto, sus hombres desertan, los caballos se mueren, la fiebre hace estragos, pero él llega con algunos negros y las armas, que ahora Menelick rehusa comprar. Sus aventuras tie-

nen en realidad muchos dolores y muchas desesperanzas, pero él no desmaya.

Hasta que un día un mal extraño empieza a roer su cuerpo y el aventurero audaz, el vagabundo incorregible, tiene que volver a Francia, abandonando la factoría que por cuenta propia había instalado en Harrar. Lleva una pierna inflamada y se la hace amputar, llegado a Francia. Entonces la desesperación se apodera de él. Estoy inútil, dice, incapacitado para todo. ¡Y pensar que hay tantos rincones en el mundo que me quedan por conocer!

Con la muerte del aventurero murió también el hombre, a los 37 años de edad.

RIMBAUD SENTIMENTAL

Casi todos sus biógrafos han dado poca importancia a la vida sentimental del poeta. Pero bien vale hablar algo de ella. Recordemos.

Cuando Jean Arthur hizo su primer viaje a París, a los 17 años, una niña de Charleville, la ciudad del poeta, se fué con él, abandonando familia y hogar. La noche de la llegada durmieron sobre unos bancos del boulevard. Rimbaud no quiso que ella siguiera compartiendo su miseria y al día siguiente, reunió todo el dinero que tenía y la obligó a volverse a Charleville. Se ha dudado de la veracidad de esta aventura, pero Louis Perquin tiene en sus recuerdos bien presente este episodio: «Fué algunos meses después, en un café de Charleville. Rimbaud estaba irremediablemente triste. Yo, por quitarle su pena, le dije: «¿Qué hay de tus amores? ¿Te estás acordando de la chica?» Me miró tristemente. «¡Cállate, te lo ruego!», y tomándose la cabeza con las manos se puso a llorar».

Un idilio, perdido en el ridículo, pasa después por su vida. El poeta había visto muchas veces en una ventana de la ciudad a la hija de un industrial de Charleville y su visión regocijaba los ojos del muchacho. Un día le envió versos ingenuos—una declaración lírica—y le dió una cita en la estación. La mucha-

cha acudió, acompañada de una criada, pasó delante de él, lo miró de arriba a abajo, sus ropas viejas, su melena enormemente larga, y siguió sin detenerse. Los ojos azules de Rimbaud no le habían causado ninguna impresión.

Y ya no tenemos otras noticias de su vida sentimental hasta muchos años después. Según los relatos que algunos comerciantes franceses de Djibouti hicieron a Pierre Mille, Rimbaud para la buena marcha de su comercio necesitaba conocer todos los dialectos indígenas y para aprenderlos se había formado un harem compuesto de mujeres de todas las razas...

Luego sabemos que vivió maritalmente con una abisinia, mujer grande, hermosa, de maneras muy sueltas. Era católica, hablaba pésimamente el francés y gustaba fumar cigarrillos. Estas son todas las noticias que sobre este amor de Rimbaud tenemos. ¿Cuándo empezó el idilio; cuándo terminó? ¿Cómo se llamaba la negra? ¿A ella se refería cuando en 1890 escribía a su madre: «¿Podría irme a casar a tu casa?»

Pero parece que un amor de la vida del poeta, es decir del adolescente, se sostuvo en el aventurero, en el hombre: el recuerdo de aquella muchacha que abandonó todo por seguirlo a París. Su hermana Isabel, haciendo memoria de algunas de las incoherencias que Arthur hablaba a la hora de la muerte, cree que se refería a eso.

Es justo que algo perdurara, en la inmutable vida de ese hombre estupendo, cuya inquietud no aceptaba límites de ninguna especie. Es justo que un recuerdo siguiera sus pasos, sus fugas y sus aventuras, de guardia en la cofa del barco ebrio de su corazón.

LUIS ENRIQUE DÉLANO.